

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 7 Octubre de 1893

Núm. 71

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^a, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



LA PEQUEÑA CALCETERA.—CUADRO DE ADOLFO ECHTLER

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — Cuando no se lleva dinero en el bolsillo..., sacado de la vida de Napoleón, por EDUARDO SCHULTE. — Romance morisco, por LUIS DE GÓNGORA. — VIAJE Á LAS BALEARES: Mallorca (continuación), por M. GASTÓN VUILLIÉ, traducido del francés por C. V. DE V. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados. — La pequeña calcetera, cuadro de ADOLFO ECHTLER. — Rosina, cuadro de E. VON BLAAS. — VIAJE Á LAS BALEARES: El Predio son Moro. — Entrada de las grutas del Drach: el vestíbulo. — El lago Negro. — Una nube de verano, por APELES MESTRES.



Crónica

YA tienen los belgas sancionada por el rey Leopoldo II la nueva Constitución del país que ha sido causa de agitación y de trastornos durante el tiempo en que se han seguido los debates. Al firmarla el Rey en Ostende, mandó en seguida depositar en los Archivos del Estado, ante dos delegados del ministro de Justicia Canciller del Reino, un pliego sellado con sus armas y con el siguiente sobrescrito: «Para ser abierto en caso de fallecimiento del rey Leopoldo II ó á fines de Diciembre de 1899.» Es de suponer los comentarios que se han hecho acerca de este pliego, que ha dado un mal rato al ministerio y al partido que desde algunos años se encuentra en el poder. A esto han contribuído los liberales, quienes en odio á M. Beernaert y á los católicos, han hecho correr la voz de que el Rey había consignado en aquel documento la repugnancia que había sentido al sancionar la Constitución y frases poco lisonjeras para el partido dominante. ¿Qué contiene en realidad aquel documento? Hasta hoy se ignora con certeza. ¿Habrà querido Leopoldo II dejar por escrito su parecer acerca de los resultados que habrá de producir la Constitución y pronosticar acaso sucesos que deban venir en Bélgica por causa de sus preceptos? Conjeturas todo y nada más.

La actitud de los jóvenes tcheques está dando origen á medidas rigurosas en Praga, que probablemente se extenderán á toda la Bohemia. La enemiga al Imperio se ha acentuado de día en día entre la juventud de aquel país, que aspira á la autonomía ó que, por lo menos, reclama una vida nacional más libre de la que ahora tiene, menos sujeta al gobierno de Viena. El conde Taaffe ha acudido por largo tiempo á los medios conciliatorios; pero con esto ha conseguido envalentonar más á los tcheques. Son legítimas las reclamaciones que hacen éstos en algunos puntos, porque la centralización imperial absorbe la vida de su comarca: en otros conceptos son exageradas y presentan marcado carácter revolucionario y antimonárquico. Ya no podía el ministerio contemporizar, y por ello el conde Taaffe y el ministerio hicieron declarar á Praga en estado de guerra. Se ha prohibido á los vecinos que se reúnan en las plazas, que lleven insignias y que saquen otras banderas fuera de las del Imperio y del Reino. Se han hecho numerosas prisiones, en particular de personas que realizaron manifestaciones la víspera de los días del Emperador, y se han disuelto algunas asociaciones, entre ellas el Club del Partido nacional, al que pertenecen la totalidad de los individuos que tienen en la Cámara los jóvenes

tcheques. El orden no se ha turbado en Praga, pero el texto alemán de las disposiciones adoptadas por las autoridades superiores había producido malísima impresión en los habitantes de la ciudad. La cuestión de los jóvenes tcheques traerá dificultades y disgustos muy graves.

¡Qué doloroso capítulo de desdichas ha venido en los telegramas referentes á la insurrección del Brasil! ¡Á qué punto de desgobierno y desorden ha llegado aquel país, hace pocos años, rico, próspero y floreciente! Difícil ha sido descubrir la verdad en medio del caos de los partes, mas pronto se vió de una manera bastante clara que la insurrección dirigida por el almirante Custodio de Mello iba ganando terreno. Este jefe, que se hallaba reducido á los solos barcos puestos bajo su mando, pudo dominar pronto los fuertes de la bahía, con la excepción sola del de Santa Cruz, y practicar allí desembarcos. Á la vez se apoderaba de buques mercantes que podían serle útiles para las operaciones de la guerra, mientras la insurrección se extendía por el interior del Brasil. El bombardeo de Río de Janeiro, que hubo de causar necesariamente daños á la ciudad, amedrentaría á los individuos del gobierno del general Pexoto. La verdad es que el presidente no se juzgó seguro en la capital, por lo que se marchó á Santa Ana. Dado el giro que iban tomando las cosas, se creía que de un momento á otro vendría la noticia de la caída del Gobierno y, por lo tanto, del triunfo del almirante de Mello. El fin que éste se proponía conseguir con la insurrección, aparte de derribar á Floriano Pexoto, continuaba siendo oscuro. Nada se había traslucido de sus propósitos. ¿Será el almirante un ambicioso más? ¿Pensaba acaso con ser el autor de una restauración monárquica? El tiempo lo dirá, mas autorizaría á suponer esto último las desdichas de toda suerte que han llovido sobre el Brasil desde que se proclamó la República.

Por los mismos pasos anda la República Argentina. También allí, además de la agitación política que está siempre á la orden del día, ha venido la insurrección á perturbarla con mayor fuerza. Tucumán y Corrientes se sublevaron últimamente, y tan serio se presentaría el movimiento en el primer punto que se creyó oportuno enviar allá al vicepresidente doctor Pellegrini con tropas para sofocarlo. Los sublevados, empero, burlaron siquiera de momento la maniobra, cortando el camino de hierro é impidiendo que pudiese llegar á Tucumán el convoy del doctor Pellegrini. También se sublevaron los cañoneros República y Bermejo, estacionados en el río Paraná. Habíase creído que la Argentina se regeneraría, restableciendo sus gobernantes la tranquilidad en todo el país y logrando con ello el mejoramiento de su estado financiero. Estas esperanzas han salido vanas. La anarquía ha seguido imperando en aquella nación, y los esfuerzos de algunos pocos hombres de inteligencia y de prudencia se han estrellado ante las pasiones locales, las miserias políticas y los vicios de toda especie.

Su Santidad el Papa León XIII ha publicado una nueva Encíclica sobre la devoción del Santísimo Rosario, que recomienda otra vez á los católicos. Duélese el Sumo Pontífice de que no se admita otra luz que la de la razón ni otro estímulo que el de la utilidad; que los obreros huyan de sus faenas propias, pensando en posiciones elevadas y reclamando la soñada igualdad de fortunas; que se abandonen los campos para lanzarse á la agitación de las grandes ciudades, y que exista marcada tendencia á

la sedición y al tumulto, turbándose la paz pública. El Padre Santo presenta como remedio á estos males la práctica de la devoción del Rosario y la meditación de lo que representan sus Misterios, con lo cual se producirá un cambio saludable en los corazones, fortificándose la vida de familia, hoy tan olvidada, y sin embargo tan necesaria para el bienestar del individuo y para la paz social. Su Santidad ha dado una nueva prueba de su aprecio á S. M. la Reina Regente de España con el regalo que le ha hecho del magnífico Palacio Altemps en Roma, que adquirió León XIII, con el objeto de que pueda establecerse en él un colegio español de sacerdotes.

* * *

Era muy de temer que tras de los últimos calores del verano vendría un mes de Septiembre tormentoso. Así ha sucedido y las tempestades y los aguaceros han menudeado por todas partes, causando en algunos puntos sensibles desgracias, conforme lo indicamos en la *Crónica anterior*. En Cataluña y en Valencia los ríos han tenido fuertes avenidas, que han causado daños mayores ó menores en los prados ribereños, mas por dicha no han ocurrido desgracias personales. Villacañas ha adquirido por este concepto renombre parecido al de Consuegra. Hállase en la provincia de Toledo, y como muchas villas y pueblos de Castilla y Extremadura sus casas son de muy pobre traza y acaso de más pobre aparejo, de modo que no pueden resistir el empuje del agua y del viento cuando se presentan con alguna fuerza. Inundáronse las casas en Villacañas, cayeron algunas, originándose la muerte de gran número de vecinos, y decimos gran número porque excedieron de cuarenta los cadáveres que se recogieron después de la tormenta. El Gobierno ha enviado allí auxilios y ha excitado la caridad de los españoles para que con sus limosnas acudan en socorro de las víctimas de las inundaciones. S. M. la Reina doña Cristina, siempre buena y siempre compasiva, manifestó la primera su voluntad de socorrer á aquellos infelices.

* * *

El atentado cobarde, odioso por todos conceptos, de que fué objeto el valiente y noble general don Arsenio Martínez de Campos, al presenciar el desfile de la parada el día de la Virgen de las Mercedes, causó viva y profunda indignación á todas las personas de corazón honrado. Atribúyese al anarquismo aquel horrible crimen, del que por fortuna salió ileso el general, á quien felicitamos de todas veras, pero que causó la muerte á un infeliz guardia civil y heridas graves, algunas acaso mortales al fin, á distintos espectadores. La opinión pública pide al Gobierno que adopte disposiciones eficaces para contener la propaganda destructora que se está llevando á cabo y evitar la repetición de actos como el que ensangrentó la Gran Vía de Barcelona.

B.

Cuando no se lleva dinero en el bolsillo...

SACADO DE LA VIDA DE NAPOLEÓN
POR

EDUARDO SCHULTE

Érase al terminar el verano del año 1807.

El emperador Napoleón, antes de disponer el traslado de la corte á Fontainebleau, pasaba algunas semanas en las Tullerías. Como no solía hacerlo

á menudo, aprovechaba aquel tiempo para impulsar con su presencia los grandiosos edificios que hacía construir y las calles que mandaba abrir en la capital. A pesar de que se hacía dar cuenta detallada de estas obras por los empleados superiores, quiso verlas una vez personalmente pero sin ser conocido.

Una mañana, poco después de las siete, se presentó un ayudante del emperador en las habitaciones ocupadas por el mariscal de palacio, general Duroc, con la orden de que el general se presentase sin tardanza, vestido de paisano, al Emperador. Duroc, que estaba al servicio inmediato de Napoleón, era su habitual acompañante en sus raras excursiones secretas. Así que se hubo puesto el traje que tenía preparado para estos casos, presentóse en las habitaciones del Emperador. Con la precipitación había-se olvidado tomar la bolsa, circunstancia que podía tener consecuencias desagradables, pues el Emperador, si bien cuando viajaba tenía siempre en su carruaje una cajita con monedas de oro, en cambio nunca llevaba dinero encima y hacía que pagase su ayudante si se le ofrecía el caso.

* * *

Acababan de dar las siete y media en el reloj del campanario, cuando de una puerta de escape del palacio de las Tullerías, que daba á orillas del Sena, salieron dos hombres, bajo el uno, más alto el otro, que fueron siguiendo á paso lento por la orilla el curso del río. Ambos llevaban sombrero de fieltro de anchas alas, calado hasta las cejas, casaca larga y holgada, de tela bastante ordinaria, calzón de terciopelo negro, medias oscuras y zapatos de hebilla, yendo los dos armados con un sólido bastón de paseo. El que hubiese querido averiguar á qué clase pertenecían, hubiera tal vez supuesto que eran propietarios del campo en los alrededores de París. Por lo demás nadie se fijaba en ellos, si bien, á excepción de jornaleros, mercaderes, mandaderos y niños que iban á la escuela, se veía poca gente en las calles. Los dos personajes se pararon aquí y acullá, en el muelle, sobre el cual se llevaban á cabo grandes construcciones, para contemplar cómo trabajaban los albañiles. Llegados á los Campos Elíseos, dejaron el río y se dirigieron á la plaza de la Estrella. Los muros del Arco de Triunfo que se levantaba en honor del gran ejército se alzaban unos veinte pies del suelo, y en los andamios que rodeaban la obra se movía gran número de albañiles y obreros. El día era caluroso y el sol brillaba, y los dos paseantes se sentaron sin perder de vista el monumento en uno de los numerosos bancos que rodean la redonda plaza y que están á disposición del público.

—«Señor primo,» dijo tras larga pausa el más bajo de los dos á su acompañante, encuentro que toda esta gente es muy holgazana. Todos toman tabaco, fuman, estiran el cuello y charlan; pero ninguno trabaja seriamente. Hacia arriba en la ciudad trabajan más, temen sin duda que alguien les reprenda; empero aquí creen que pueden hacer el holgazán.

—Tenéis razón, señor, contestó el acompañante; si siguen á este paso transcurrirán años antes de que se termine el arco.

—Venid, dijo el hombre de baja estatura levantándose impaciente, esto no se puede contemplar por más tiempo.

Y cogiendo al más alto por el brazo le condujo atravesando la plaza á una de las calles que en ella desembocaban.

Cerca del banco donde ambos se habían sentado, un viejo vendedor de libros antiguos tenía expuesto sobre una mesa su modesto tesoro literario.

—Gente holgazana es ésta, dijo el hombre más bajo al

anticuario al pasar señalando con el dedo la construcción.

—Paciencia, señores, replicó el anticuario no sin una vana esperanza de que aquellos personajes que allí se habían detenido le compraran algo si lograba atraerles a una conversación. Paciencia, que pronto van á dar las nueve; entonces veréis cómo trabaja esta gente.

—¿De qué depende esto? preguntó el primero; ¿ha observado usted á menudo á los trabajadores?

—Ciertamente, todos los días de la semana, contestó el anticuario. Ved, tres inspectores vigilan los trabajos, cada uno de ellos permanece dos horas en las obras, y después de un descanso de media hora pasa todavía algunas horas en la oficina. De nueve á once tiene la inspección el señor Bertelot.—Enrique Bertelot—aquel sí que hace trabajar á la gente. Ha sido soldado, y en sus dos horas se trabaja más que en las cuatro de los otros dos inspectores. ¡Ved, dan ya las nueve! ¡Prestad atención, caballeros!

Los dos paseantes dirigieron los ojos, lo propio que el anticuario, hacia la construcción. Una áspera voz de mando se oyó entre los trabajadores. Desaparecieron las pipas, cesaron las conversaciones y empezó á notarse una gran actividad en el trabajo.

—Veo en el andamio á un joven con el brazo izquierdo vendado, dijo el más alto de los dos caballeros.

—Precisamente, replicó el anticuario; éste es el señor Bertelot; recibió un bayonetazo en el brazo, en Friedland. Le conozco perfectamente: ayer mismo conversó conmigo y me compró un plano del antiguo París. ¿Tal vez los señores necesitarían también algún plano ó algunos libros?

—No, señor, hoy no, otra vez será. Muchas gracias, dijo el más bajo llevándose á su compañero.

—Vámonos, primo, le dijo, hemos visto bastante por hoy. Ahora voy á proponeros una cosa. Tengo entendido, y así lo he oído decir, que muy cerca de aquí, en la calle Saint-Honoré, tiene una tal madame Arbalet un excelente bodegón. Almorzaremos allí. Parece ser que la señora tiene pocos atractivos, pero que su cocina ha adquirido mucha fama. Ved allí arriba el rótulo de madame Arbalet. ¡Ajá, acaban de abrir la casa!

—Como gustéis, señor, dijo el acompañante atravesando tras él la calle. Sólo me permitiré haceros observar que el nombre de Enrique Bertelot viene en una Memoria que recibí anoche y que luego os presentaré. El capitán Verneuil propone al sargento Bertelot, que lo fué del 15 regimiento de línea y que hubo de abandonar el servicio por la herida del brazo, además de una rozadura de bala en la espalda, para que se le condecere con la cruz de la Legión de Honor por haber rescatado en Friedland el águila del regimiento, que había sido tomada por el enemigo. La mención viene retrasada, porque el capitán ha estado hasta ahora en el hospital.

—No olvidaré á Bertelot, repuso el más pequeño de los paseantes; pero dejemos ahora á un lado los negocios.

* * *

—Ahora, Madelón, sé razonable y quitate á Enrique Bertelot de la cabeza. Un buen hombre puede serlo; pero no puede servirse del brazo izquierdo, y por consiguiente nunca podrá ganar lo suficiente para la vida. Cuando esté terminado el Arco de Triunfo quedará en la calle, sin contar que á lo mejor puede ser despedido. ¿Cómo podrá mantener á una mujer? ¿Dices que es un inteligente maestro de obras? Yo te digo que es un lisiado. Con tus dos mil francos de dote encontrarás otro pretendiente mejor.

—Buenos días, señores, ¿en qué puedo servirlos?

Con estas palabras dirigióse madame Arbalet á los dos personajes que habían entrado en el comedor, vacío todavía y contiguo á la calle, sin que ella, con el calor y viveza de la conversación, y además de espaldas á la puerta, lo hubiese notado. Involuntariamente habían oído el discurso de la mesonera, una mujer bajita, regordeta y movediza, y miraron no sin interés á la hermosa jovencita, ocupada en el aparador, á la que positivamente iban dirigidas aquellas palabras. La joven llevaba un aseado vestido de aldeana; sobre sus frescas mejillas se deslizaban dos furtivas lágrimas, y sus bondadosos ojos azules estaban velados por el dolor.

—Deseamos la lista de la comida y la de los vinos, dijo el más alto de los dos huéspedes mientras el más bajo se colocaba delante de una mesa en el rincón más oscuro de la habitación y de manera que ni por el cristal de la puerta ni por el escaparate pudiese ser visto desde la calle.

—Bertelot por tercera vez, dijo el más pequeño en voz baja, mientras daba una ojeada á la lista.

—¡Dos raciones de chuletas de carnero y una botella de Chambertin! pidió el más alto de los dos personajes.

—¿Voy por el vino, tía? preguntó la joven, que deseaba probablemente alejarse para hacer desaparecer las señales de las lágrimas; yo sé dónde está.

—Bueno, dijo madame Arbalet; pero no hagas ningún desaguizado y vuelve pronto.

Luego cubrió la mesa que habían escogido los dos huéspedes y les dijo:

—Pues bien, los señores lo saben ya casi todo. Mi sobrina, la hija del hermano de mi difunto esposo, es del campo, de Lorena, huérfana, que vive con su abuela, y la pobre niña ha dado su corazón á un paisano suyo porque le gustó su casaca de colores. Ahora está él en París, ella ha venido á verme y quieren casarse. Por esto la regañaba yo y ella lloraba.

Entretanto volvió la jovencita y puso la botella con los vasos encima de la mesa, enrojeciendo avergonzada cuando oyó que hablaban de ella.

—Madame, dijo el huésped de baja estatura mientras visiblemente satisfecho del Chambertin dejaba sobre la mesa el vaso que acababa de saborear; he oído por casualidad que el señor Bertelot es un inspector útil, y me figuro que se encontrará para él un empleo aceptable.

—Dispensadme, señor, contestó picada madame Arbalet, pero convendréis en que aquí no se trata de lo que habéis oído ni de lo que os parece. No me montéis la cabeza de Madelón, pues nada podría sacar de ella.

Con esto salió la mujer de la habitación, y dando un portazo se fué á la cocina á vigilar cómo asaba su cocinera las chuletas de carnero.

—¡Diantre! exclamó en voz baja y no sin regocijo el así maltratado personaje bajito dirigiéndose á su acompañante y tomando un polvo: así se le vuelve á sacudir á uno de lo lindo; tiempo hacía que no me había sucedido.

—Señorita Madelón, díjole luego á la joven; el señor Bertelot era soldado: ¿no hubieran podido sus superiores interesarse en su favor?

—El capitán está enfermo, contestó la jovencita con modestia; cuando estará bueno escribirá al Emperador para que dé un empleo permanente á Enrique, pero naturalmente, se ha de atender á muchos soldados viejos. Nosotros no tenemos prisa, y yo creo también que Enrique se abrirá camino; de todas maneras nos mantendremos firmes los dos.

—Hacéis bien en no desanimaros, señorita Madelón;

á veces cuando menos se piensa le favorece á uno una inesperada casualidad, y favorece con frecuencia á los firmes y constantes.

Llegaron las chuletas de carnero y madame Arbalet con su sobrina ocupáronse en el aparador. Los dos huéspedes, únicos en el local, comieron hablando en voz baja, tomaron al acabar una taza de café y se dispusieron á salir. El personaje más bajo se inclinó delante de las señoras, se puso otra vez el sombrero y se dirigió á la puerta que daba á la calle y estaba abierta, mientras que el más alto pedía la cuenta. De repente preocupóse visiblemente este último; buscó tan pronto en un bolsillo, como en otro y un presentimiento que le asaltaba convirtióse en realidad: no llevaba dinero. Madame Arbalet siguió con mirada iracunda las inútiles pesquisas en los bolsillos; se puso en jarras y dijo con voz chillona:

—¡A doce francos sube la cuenta, señor, doce francos!

—La señora dispensará, díjole el huésped con mortal confusión; pero he olvidado coger la bolsa, y casualmente el otro señor tampoco lleva dinero. Somos oficiales, madame, tened paciencia que dentro de pocas horas recibiréis vuestro dinero.

El «otro señor,» que estaba tarareando con escaso talento musical una aria italiana, impaciente por la tardanza de su acompañante se volvió á mirar al comedor, y con espanto se dió cuenta de lo crítico de la situación. Cesó de cantar y hundióse el sombrero en los ojos más profundamente que antes.

Madame Arbalet, parécida á una diosa vengadora, miraba tan pronto al más alto como al más bajo de los dos personajes, y se interpuso resueltamente entre el más alto y la puerta.

—¡Ah, señor! díjole, ¿de manera que vos y el otro lindo compadre queríais estafarme doce francos? Lo que decís es un embuste. Una persona sola puede olvidarse el dinero; empero cuando son dos los que nada llevan y hacen un gasto, es que tienen intención de ejecutar una pillada. Pero sabréis quién soy yo. Madelón, irás á buscar al comisario de policía para que venga á prender á dos ó por lo menos á uno de esos bribones.

—Tía, dijo Madelón sacando una bolsa, yo tengo á los señores por honrados. Si se han dejado hoy el dinero, nos lo traerán otro día. De todas maneras, tía, vos nada perderéis. Aquí van los doce francos. Los señores no os deberán el dinero; me lo deberán á mí.

—Me conformo, dijo ya tranquilizada madame Arbalet. Si tú, tontuela, quieres comprar doce francos de experiencia, esto no puede perjudicarte, y de esta manera te libras de ir en busca de la policía.

—Muchas gracias por vuestra bondad y por vuestra confianza, señorita Madelón, díjole el huésped que permanecía aún dentro de la habitación. Se me había completamente olvidado que llevaba el reloj. ¿Me permitís que os lo deje en prenda de nuestra deuda?

—No necesito ninguna prenda, señor, contestó Madelón.

—¡Os repito mil gracias, señorita! Tendréis hoy mismo noticias nuestras.

Con esto se acercó al personaje que aguardaba en la puerta para salir con él.

En aquel instante entraba desde la calle al comedor un joven que resultaba ser el tercer huésped en aquella mañana. Era el señor Bertelot, que al dar las once venía á pasar la hora del almuerzo en casa de madame Arbalet para estar con Madelón. Al atravesar por delante del personaje de baja estatura que se hallaba en la puerta, retro-

cedió, quitóse el sombrero y permaneció en aquella postura, tieso é inmóvil, hasta que los dos señores hubieron acabado de pasar delante de él. Mirólos luego atentamente, y cuando se metieron en la travesía inmediata, se dirigió tambaleando hacia las dos mujeres, olvidándose de saludarlas y sin notar hasta entonces que Madelón le alargaba la mano.

—Ponéis una cara, señor Bertelot, dijo madame Arbalet, como si hubieseis visto fantasmas. ¿Qué os sucede?

—Señora, respondió Bertelot tras de una pausa, si hubiese visto aquí fantasmas, ciertamente me habría maravillado. Empero, confieso que más me ha asombrado el ver á estas personas aquí y las circunstancias en que las he visto, de lo que me hubiese asombrado la aparición de los fantasmas.

—¿Pues qué tiene de particular? exclamó madame Arbalet. ¿Conocíais ya á estos dos holgazanes? Aquí han comido y bebido sin llevar dinero. Por poco se me escapan: el más bajito, que era el más listo, se había ido á la puerta. Si no les he hecho prender ó cuando menos embargar, lo deben á Madelón, que ha sido bastante cándida para rescatarles con doce francos.

El señor Bertelot, con la cara larga y la boca abierta, se quedó mirando un rato á madame Arbalet sin decir palabra.

—¿Embargar? ¿Prender? replicó luego con voz ahogada. Pues bien, señora, es preferible que no hayáis ido tan lejos. ¿Conocíais á los huéspedes, señorita Madelón?

—¿Cómo había de conocerlos? repuso la joven. Les he visto por primera vez. Pero me han parecido personas decentes: algo serios, mas bondadosos.

—Decidnos vuestro secreto, señor Bertelot, dijo madame Arbalet. ¿Qué sabéis de los huéspedes?

—¿Habéis mirado bien al de pequeña estatura? ¿Le reconoceríais si os mostraba un buen retrato suyo?

—Le reconocería en seguida, afirmó madame Arbalet.

—Supongo que yo también, añadió Madelón.

—Pues examinad esta cabeza, madame, dijo el señor Bertelot sacando una moneda de cinco francos de plata de su bolsa y alargándosela á la mesonera.

Mientras ésta, extrañada de la ocurrencia de Bertelot, ponía la moneda contra la luz, Madelón miraba por encima de su espalda. De repente las facciones de madame Arbalet parecieron petrificarse y su seno palpitaba cada vez con mayor agitación.

—¿Por supuesto que el parecido será puramente casual? preguntó jadeando y en voz baja al señor Bertelot.

—No, señora, contestó éste resueltamente; es la reproducción exacta del original. El más pequeño de vuestros huéspedes era el Emperador.

* * *

El día abundaba en emociones para madame Arbalet y su sobrina. A las dos se presentó un empleado de la corte y entregó una invitación escrita, por la cual se suplicaba á las dos señoras Arbalet que se dispusieran para una visita á Su Majestad la Emperatriz, á las seis. En caso de que aceptasen, un coche de la Corte Imperial iría puntualmente por ellas.

Imposible era rehusar; por consiguiente, ataviáronse las dos con sus galas de los días de fiesta, agitadas por vagas esperanzas y temores. La cocinera debía en su ausencia vigilar el comedor. Quisieron poner al corriente de la invitación al señor Bertelot, pero aquella tarde no se le pudo encontrar en ningún sitio. Decíase que había recibido una orden repentina de la dirección de la cons-

trucción, y que tal vez habría tenido que marchar á las canteras de Normandía.

* * *

A las siete madame Arbalet y la señorita Madelón estaban sentadas en el salón de recibo de la emperatriz Josefina, y la democrática soberana, que sabía hablar en el lenguaje que les era propio á las gentes de cada clase y posición, conversaba con ellas con gran interés sobre la mejor manera de asar las chuletas de carnero, plato favorito de su imperial esposo. La puerta se abrió, y Madelón, faltando un poco á la etiqueta, pero radiante, exclamó:

—¡Enrique!

Con el Emperador, que llevaba su uniforme verde de cazadores, y con el general Duroc, entró en la habitación el señor Bertelot llevando en el ojal la cruz de la Legión de Honor.

—Saludo á las señoras, dijo el Emperador, y me apresuro á pagaros, señorita Madelón, nuestra deuda. Aquí tenéis vuestros doce francos. ¡Muchas gracias!

Y con esto le alargó una pequeña bolsa de seda.

—Espero, madame Arbalet, prosiguió regocijado, que veréis con satisfacción que también hay en el mundo estafadores honrados.

—Vuestra Majestad me dispense, dijo madame Arbalet; pero como he tenido ya el honor de hacer notar á Su Majestad la Emperatriz, yo no podía saber quiénes eran los señores, y por otra parte he de defender lo mío y comer de mi negocio. ¡Vuestra Majestad vive también de su negocio!

—Ciertamente, afirmó el Emperador con creciente regocijo, cada uno debe mirar la manera de abrirse paso y defender sus intereses, y demasiado confiado no se puede ser ni en el trono, ni al frente de un ejército, ni en un bodegón. Debo haceros todavía una petición, señora. El señor Bertelot es constructor imperial de caminos, con seis mil francos de sueldo y habitación. ¿Accedéis á que se case con la señorita Madelón?

—¡Con mucho gusto, señor!

—Pues bien, señor Bertelot, prosiguió el Emperador, dad el brazo á vuestra novia y celebrad unos alegres esponsales en la calle Saint-Honoré. Señorita Madelón, añadió luego presentándole un estuche abierto que contenía un magnífico aderezo de deslumbrantes esmeraldas, aquí tenéis alfiler, pendientes y brazaletes para el día de la boda, y en esta cajita van dos cartuchos de monedas de oro para los primeros gastos de vuestra nueva casa.

—Permitidme también, señorita Madelón, que os ofrezca un recuerdo de esta mañana, dijo el general Duroc entregándole una caja con cucharas de plata.

Bertelot y Madelón balbucearon palabras de agradecimiento, mientras se dirigían con madame Arbalet hacia la puerta, acompañados por el soberano.

Antes de salir, madame Arbalet dijo haciendo una reverencia:

—Espero que Vuestra Majestad y el general Duroc volverán á honrar mi casa. Ahora que les conozco, les haré crédito.

—Si vuelvo alguna vez, señora, replicó el Emperador, prefiero que no sea sin dinero en el bolsillo... del general Duroc.

(Traducido del alemán).

Romance morisco

ENTRE los sueltos caballos de los vencidos cenetes, que por el campo buscaban entre lo rojo lo verde; aquel español de Orán un suelto caballo prende, por sus relinchos lozano, y por sus cernejas fuerte, para que lo lleve á él y á un moro cautivo lleve, que es uno que ha cautivado, capitán de cien cenetes. En el ligero caballo suben ambos, y él parece, de cuatro espuelas herido, que cuatro vientos le mueven. Triste camina el alarbe, y lo más bajo que puede ardientes suspiros lanza, y amargas lágrimas vierte. Admirado el español de ver cada vez que vuelve, que tan tiernamente lllore quien tan duramente hiere, con razones le pregunta comedidas y corteses de sus suspiros la causa, si la causa lo consiente. El cautivo como tal, sin excusarlo obedece, y á su piadosa demanda satisface de esta suerte: —Valiente eres, capitán, y cortés como valiente: por tu espada y por tu trato me has cautivado dos veces. Preguntado me has la causa de mis suspiros ardientes, y débote la respuesta por quien soy y por quien eres. Yo nací en Gelves el año que os perdisteis en Gelves, de una berberisca noble y de un turco matasiete. En Tremecén me crié, con mi madre y mis parientes, después que murió mi padre, cosario de tres bajeles. Junto á mi casa vivía, porque más cerca muriese, una dama del linaje de los nobles Melioneses, extremo de las hermosas, cuando no de las crueles; hija al fin de estas arenas engendradoras de serpes. Era tal su hermosura, que se hallaran claveles más ciertos en sus dos labios, que en los dos floridos meses. Cada vez que la miraba salía el sol por su frente de tantos rayos vestido, cuantos cabellos contiene. Mas ya la razón sujeta con palabras me requiere, que su crueldad le perdona, y de su beldad me acuerde. Juntos así nos criamos, y amor en nuestras niñeces hirió nuestros corazones, con arpones diferentes. Labró el oro en mis entrañas dulces lazos, tiernas redes, mientras el plomo en la suya libertades y desdenes.

Esta, español, es la causa
 que á llanto pudo moverme;
 mira si es razón que llore
tantos males juntamente.—
 Conmovido el capitán
 de las lágrimas que vierte,
 parando el veloz caballo,
 que paren sus males quiere.
 —Gallardo moro, le dice,
 si adoras como refieres,
 y si como dices amas,
 dichosamente padeces.
 ¿Quién pudiera imaginar,
 viendo tus golpes crueles,
 que cupiera alma tan tierna
 en pecho tan duro y fuerte?
 Si eres del amor cautivo,
 desde aquí puedes volverte,
 que me pedirán por voto
 lo que entendí que era suerte.
 Y no quiero por rescate
 que tu dama me presente

ni las alfombras más finas,
 ni las granas más alegres.
 Anda con Dios, sufre y ama,
 y vivirás, si lo hicieres,
 con tal que cuando la veas
 pido que de mí te acuerdes.—
 Apeóse del caballo,
 y el moro tras él descende;
 y por el suelo postrado
 la boca á sus pies ofrece.
 —Vivas mil años, le dice,
 noble capitán valiente,
 que ganas más con librarme
 que ganaste con prenderme.
 Alá se quede contigo,
 y te dé victoria siempre,
 para que extiendas tu fama
 con hechos tan excelentes.
 Apenas vide trocada
 la dureza de esta sierpe,
 cuando tú me cautivaste,
 ¡mira si es bien que lamente!

LUIS DE GÓNGORA.



El Predio son Moro

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

HE dejado la montaña y los bosques seculares entre los cuales suspira melodiosa la brisa, y en cuyo interior se esconden antiguas y humildes aldeas. En adelante ya no encontraré esa población hospitalaria, ni esas costumbres patriarcales observadas y practicadas religiosamente durante siglos y más siglos. Ya no volverán á sonar en mis oídos esos antiguos cantares que á prima noche suenan en los patios, ó que me traía en sus pliegues el viento, cuando á la luz del día atravesaba la campiña, subiendo empinadas cuestas.

Me hallo en la llanura. Todo es distinto en ella: todo ha cambiado; trajes, costumbres, el aspecto del suelo, hasta la fisonomía de los habitantes. Allí la soledad, el silencio, la naturaleza virgen: aquí la animación, el tráfico, viñedos frondosos, campos perfectamente cultivados.

Nada de pastores vestidos de pieles, contemplando desde una eminencia la vasta superficie del mar y escuchando el confuso rumor del oleaje estrellándose contra los peñascos de la costa.



ROSINA

CUADRO DE E. VON BLAAS

Nada de guitarras pollensinas. Camino á lo largo de una vía llena de polvo, bañada por el sol, flanqueada de pitas, en tanto que suenan en mi memoria, como vago recuerdo, los cantos y las poesías de otras edades que escuchara aún el día precedente.

Las muchachas que iban á la fuente, con su traje del siglo XVI, me parecían un cuadro medio borrado de Botticelli, que hubiese contemplado en el Louvre, en algún paño semiescondido de la Sala de los primitivos.

En las poblaciones que cruzo al presente, todo es vida y animación. Las gentes, ocupadas en las operaciones de la cosecha, estrujan el orujo que ha fermentado en los lagares, valiéndose de prensas enormes, colocadas en la calle al lado de las bodegas. Aquí gentes cargando en los camiones toneles llenos de vino, que llevan la marca de negociantes franceses de Cette: allí numerosas pjaras de cerdos conducidas al tren á fin de ser embarcados para Barcelona. Los habitantes son menos atentos: los chiquillos menos respetuosos: no he visto uno solo que se ade-

berbios monumentos llenos de recuerdos de un pasado glorioso. He contemplado sus campos, sus promontorios, la sierra del Norte; he respirado el perfume de sus flores; he saboreado sus frutas deliciosas; he admirado sus edificios; he contemplado sus bosques iluminados por los rayos brillantes de un sol deslumbrador y por la luz plácida de la luna argentada.

Falta ahora, para que el conocimiento sea completo, penetrar en lo profundo de sus entrañas; en un mundo en que sólo reinan el silencio y las tinieblas, en el cual, trabajando incesantemente durante millones de siglos las fuerzas y las energías de la naturaleza, han producido verdaderas maravillas que producen sorpresa y confusión á la mente humana.

Eliseo Reclus cita las cuevas del Drach y las de Artá, existentes en las cercanías de Manacor entre las más bellas que existen en el mundo.

Por mi parte debo consignar que no me habría decidido á ilustrar, valiéndome de simples croquis, las cuevas del Drach, mucho más interesantes á mi juicio que las tan renombradas de Artá.

En esas salas subterráneas existe una arquitectura especial, debida exclusivamente al azar, en la cual, sin embargo, lo mismo que en los monumentos debidos á la mano del hombre, el detalle desempeña un papel importantísimo en el conjunto, que es de suma importancia bajo el punto de vista del efecto decorativo. El dibujante se halla, pues, en la necesidad de vencer dificultades grandísimas, si quiere llegar á un resultado que permita formar idea exacta de la realidad. Tales inconvenientes han desaparecido, sin embargo, en esta ocasión, gracias á los trabajos de mi amigo de Palma, el señor Sallarés, y de don Fernando Moragas, hijo del propietario de las cuevas, que á fin de complacerme,



Entrada en las grutas del Drach: el vestíbulo

lantara á besar la mano á los sacerdotes, como hacían los de Pollensa con don Sebastián... Aquí han visto ya gentes de otros países... han estado en Marsella, acaso en Argel... se ocupan en los negocios, piensan en ganar dinero... ¿de qué sirve lo demás? Es nuestro Mediodía, bien que mejorado en tercio y quinto, por lo que se refiere á buenos modales y á las consideraciones respecto de los extranjeros.

He llegado á Manacor por el ramal del Empalme, después de haber saludado á Meiro y después á Sinea, fundado por los romanos, en cuyo punto levantaron un palacio los reyes de Mallorca.

Después de Palma es Manacor la ciudad más populosa de la isla; centro mercantil de mucha importancia, pero de poco interés bajo el punto de vista artístico.

He recorrido, pues, casi en toda su extensión, esta isla que dormita en medio del Mediterráneo, mecida por las azuladas olas y acariciada por los rayos del sol, que á la belleza salvaje de las selvas agrestes y de las costas acantiladas, reúne el apacible y misterioso encanto que le comunican sus bosques frondosos; sus ricos y variados verjeles; sus pintorescas llanuras sembradas de flores, en el centro de las cuales, y sirviéndoles de marco, se levantan risueñas y animadas villas y ciudades cuajadas de so-

se han pasado tres días consecutivos en el interior de las cuevas, sacando vistas fotográficas con el auxilio de la luz de magnesio.

Además de sus bellezas propias y naturales, las cavernas, en general, encierran interesantes recuerdos históricos y datos importantísimos para el historiador y el geólogo.

Mi amigo Martel, abogado en París, no deja pasar un solo año sin realizar un viaje á las Cevennes, durante el cual, con rara perseverancia y grandísima intrepidez, se hunde, si así podemos decirlo, en lo más profundo de las entrañas de dicha región, á través de grutas desconocidas y bizarras, en el seno de las cuales duermen tranquilos lagos silenciosos ó mugen airados impetuosos torrentes como el Bramabian. Al presente está explorando la décima sima; manifestándome que ha obtenido idéntico resultado que en las precedentes; es decir, ó carencia completa de agua, en el fondo, ó de hallarse ésta, sólo en proporciones escasas, de lo cual deduce que dichos centros deben considerarse simplemente como nuevas grietas ó hendiduras del suelo tanto más estrechas cuanto mayor es su profundidad. De ser esto cierto, resultaría falsa la teoría que establece la existencia de una comunicación directa con las cavernas, fuentes y manantiales.

En las profundidades de la caverna de Padirac, que se abre anchurosa en las vertientes de Quercy, en la cual ha penetrado recientemente, ha descubierto una corriente subterránea cuyo curso ha seguido durante dos kilómetros. Dejo á personas más autorizadas que yo que saquen de estos datos las conclusiones que juzguen oportunas.

No hay quién ignore que bajo los primeros emperadores romanos los cristianos perseguidos celebraban las ceremonias de su culto, según sus creencias religiosas, en las misteriosas profundidades de las grutas y cavernas. Más adelante, trocados los papeles, los perseguidores se pusieron á cubierto de las represalias de los perseguidos, refugiándose y escondiéndose en los mismos lugares. En Francia, en la época de las dragonadas, los protestantes celebraban las prácticas de su culto en el fondo de las cavernas de Ambialet en las Cevennes. Durante las guerras intestinas, en todas las conspiraciones, bajo todas las invasiones, en todos los tiempos y en todos los países, las grutas han sido lugar de refugio para los oprimidos, para los proscriptos, para los fugitivos y hasta para los malhechores y criminales.

Debemos consignar, sin embargo, que las cuevas del Drach y de Artá, no encierran recuerdos históricos exactos, debiéndose acaso esto á no haberse conservado los objetos encontrados en sus profundidades por los primeros exploradores. Hásemelo dicho que, no hace muchos años, se sacaron de las primeras salas de las cuevas de Artá numerosas osamentas que fueron echadas al mar. Si el hecho es cierto, no cabe desconocer la importancia que habría tenido para la ciencia el examen de tan preciosos documentos para el estudio de la antropología y de la paleontología zoológica, ya que es de presumir que de ellos formaban parte esqueletos del hombre primitivo, osamentas de animales antediluvianos, hoy desaparecidos, y restos de armas y utensilios de aquellas lejanas civilizaciones.

Entre las grutas más notables suelen citarse:

La de Adelsberg, en Austria, de 5,500 metros de longitud. Puede llegarse hasta la mitad de sus profundidades por medio de una pequeña tranvía. Está iluminada con luz eléctrica, y es la más bella de cuantas se conocen.

La de Trebiciano, en las cercanías de Trieste, formada de una serie de pozos verticales, estrechos, que terminan en un lago sin salida, alimentado por la corriente de la Recca, cuyo nivel no es constante. En el número 776 de *La Nature* puede leerse un artículo sumamente interesante, respecto de esa caverna, debido al señor E. A. Martel. La de Agtelek en Hungría mide 5,800 metros, y se dice que es casi tan bella como la de Adelsberg.

En Francia, en la Dordogna, entre Perigueux y Sarlat, tenemos la cueva de Granville; las de Ganges en el Héruault, á cuyo fondo no se ha llegado; y por último, la caverna de Dargilan, en la Lozere, descubierta ha poco por el expresado señor Martel, que según parece es una verdadera maravilla.

En Bélgica existen las famosas grutas de Hánsur-Lesse

de las cuales se sale en lancha que surca una caudalosa corriente.

Se citan también las cuevas de Bellamar en Cuba, la del Mammoth en Kentucky (*Mammouht's Cave*), verdadero mundo subterráneo, con su sistema de lagos y de corrientes y su innumerable red de galerías. Dicha caverna debió servir de lugar de refugio á numerosos pueblos salvajes, puesto que en sus entrañas se han encontrado, en capas superpuestas de estalactitas, esqueletos humanos de raza desconocida.

Una mañana dejo la fonda Femenia de Manacor para encaminarme en galera á las grutas del Drach.

El día es delicioso, y con encontrarnos á mediados de Noviembre hubiérase uno creído en plena primavera. Para que la ilusión sea completa los almendros que se divisan á ambos lados del camino están en flor; pero estas tiernas flores de un rosa pálido no llegarán á dar frutos: al primer soplo del frío vendabal se dispersarán por los aires como una nube de ligeras mariposas.



El Lago Negro

El camino es accidentado, sube y baja continuamente, y los baches producen un desagradable traqueteo al viajero; á menudo nos cruzamos con carros sobre los cuales duermen boca abajo los carreteros. El caballo se para, paca la hierba que brota en el camino ó marcha según le parece: el carretero no por esto deja de dormir. Nosotros los dejamos pasar sorteando el camino de la mejor manera posible: el conductor de la galera, respetando el sueño de los carreteros, me dice con voz compasiva: «¡Están tan fatigados!»

Por un instante se descubre el mar; luego nada más que una línea formada por un terreno pedregoso. Luego otra vez el mar... vuelve á desaparecer. Por fin presentóse espléndido penetrando en la tierra por una escotadura, formando una costa escarpada.

Algunas casas y varias embarcaciones se abrigan en esta ensenada en la que se hace el comercio marítimo, bastante importante de Manacor. El conductor me hace fijar la atención á cierta distancia, á lo largo de la costa, sobre una piedra que golpeada con un palo suena armoniosamente prolongándose sus vibraciones durante mucho tiempo. Añade que en la cala vecina, llamada *S'homo mort*, se encuentran fósiles humanos incrustados en las rocas.

Dejamos á nuestra izquierda el pequeño puerto, y descendiendo hasta el borde del estrecho canal que nos vemos obligados á vadear, y subiendo á la colina que se encuentra al lado opuesto entramos en tierras propiedad de don José Moragues, dueño de las grutas. Sobre la meseta se divisa su *casa de campo*, que es al mismo tiempo una magnífica hacienda y casa de labranza. La propiedad se denomina *el Predio son moro*.—Aquí tiene usted la entrada de las cuevas,—me dice el guía. La entrada está cerrada por medio de una puerta y rodeada por un muro á fin de evitar los accidentes que pudieran sobrevenir á algún imprudente que se arriesgara á recorrerlas sin guía.

Penetramos en el vestíbulo. El guía prepara las lámparas y los reflectores; después, quitándose la chaqueta y el chaleco, quédase en mangas de camisa invitándome á que haga otro tanto. Un aire cálido y pesado, que sube de las profundidades de las cavernas, me causa una especie de malestar indecible:—Ya irá usted acostumbrándose poco á poco,—me dice el guía. Y dándome una lámpara con su correspondiente reflector se provee á su vez de los mismos objetos y comenzamos nuestro descenso. La luz del día nos ilumina todavía, pero un murallón formado por salientes rocas y profundas hendiduras se levanta delante de nosotros. Esta es la verdadera entrada. Los últimos resplandores del sol van á desaparecer á nuestros ojos. Sobre la negruzca y sombría roca, creo leer las fatales palabras del Dante:

Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate.

En efecto, el espectáculo que á la vista se ofrece pudiérase creer una decoración de la entrada de los infiernos, rígida, fría, con la anchurosa y negra boca velada por una luz crepuscular triste y sombría.

El nombre de *Drach* (Dragón) dado á esta caverna ya parece indicar la creencia de que en tiempos remotos la entrada de la cueva estaba guardada por uno de aquellos terribles monstruos.

Por fin penetramos. Poco á poco mis ojos se acostumbran á las tinieblas, y la luz de las lámparas, en medio de la oscuridad que reina en derredor, es más que suficiente para ver en sus más nimios detalles no sólo la forma de los objetos más próximos, sino también las más lejanas siluetas.

Seguimos un corredor y á poco entramos en una sala de ondulado suelo.—Es el *Salón de la Palmera*,—me dice el guía. Una profunda hendidura que llega de un lado á otro de la pared se observa en esta sala; del techo pende, formando grandes pliegues, una suerte de pesada tapicería. Bloques inmensos que parecen lanzados por una fuerza hercúlea cubren una gran parte del suelo, haciendo más difícil el paso. La *Palmera propiamente*, es una esbelta y elevada columna que produce á los ojos del espectador el efecto de un verdadero tronco de palmera; delgadísimas estalactitas que penden de la bóveda contribuyen á que la ilusión sea completa, pues semejan de una manera acabada airovas palmas. A poca distancia obsérvase otra columna de mayor diámetro que la anterior, ofreciendo sus detalles más amplitud y riqueza, pero carece de la elegancia y esbeltez de la primera.

C. V. DE V.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

La pequeña calcetera

CUADRO DE ADOLFO ECHTLER

La niña pintada por el artista Echlter hace calceta automáticamente, puesto que apenas fija su atención en la labor. Algo la distrae mientras sus dedos, de un modo maquinal, van sacando los puntos de la media. ¿Qué mira con aquellos ojazos negros, que descubren una procedencia meridional? ¿Empieza ya á coquetear luciendo su lindo palmito y su esbelta figura? Adivínelo quien pueda, porque el artista alemán no se ha cuidado de expresarlo. Quiso pintar una figurita hermosa y elegante, y le pareció bien, y no erró en ello, el tipo de la niña reproducida en el cuadro y que sin duda alguna tomó del natural. A la vez, para aumentar su donaire, le representa haciendo calceta, en actitud muy natural, ya que esta clase de labor permite apartar la vista de ella y casi distraerse quien la hace, sin suspenderla no obstante, antes moviendo con rapidez las agujas y añadiendo un punto á otro punto. En la cabeza especialmente hizo gala Adolfo Echlter de que sabe dibujar con corrección. El cuadro, en conjunto, resulta una bonita pintura de camarín.

Rosina

CUADRO DE E. VON BLAAS

El autor de este lienzo sobresale en la pintura de tipos que fluctúan entre la verdad y la convención. Tomando por base á alguna joven que habrá visto por vista de ojos y de la que habrá sacado algunos apuntes directamente del natural, acude luego con su fantasía á imprimirles una nueva belleza, que procede de la imaginación y en la cual aparece de un modo claro la inteligencia del artista. Siempre estos tipos se presentan elegantes; siempre hay en ellos una donosura que embelesa; siempre reúnen cualidades que recuerdan más á los artistas franceses del siglo pasado que á los de la época presente en ninguno de los países de Europa. *Rosina* apellida á la garrida moza pintada en el cuadro que damos en este número, como hubiera podido ponerle otro cualquier nombre de bautismo. Aquel nombre es sólo un título para designar un cuadro. Llámarle «la campesina italiana» y acaso hubiera precisado más su asunto, que en realidad consiste en un estudio, ejecutado con suma maestría, de una hermosa muchacha del Mediodía de Italia. Sea lo que fuere del tema, es lo cierto que el cuadro es sumamente agradable y que está dibujado y pintado con exquisito buen gusto, conforme pueden comprobarlo nuestros benévolos lectores mirando con atención el grabado en color que incluimos en este número.



La escritura musical es la parte de la ciencia musical que se ocupa en la representación de los sonidos por medio de signos especiales. Éstos se dividen en tres clases, según se refieran á la tonalidad, á la duración ó á la expresión. Los signos pertenecientes á la primera clase son: *pentágrama*, conjunto de cinco líneas paralelas, sobre las cuales ó entre las que se colocan las *notas*, las *llaves* y los *accidentes musicales* (*sostenidos*, *bemoles* y *becuadros*).

A la segunda clase pertenecen los *silencios*, los *puntillos*, los *ligados* y las *líneas verticales* que indican las divisiones de la medida del tiempo.

Y á la última clase pertenecen los *acentos*, el *grupetto*, la *repetición*, el *destacatto*, etc., etc.

Los griegos y los latinos empleaban para escribir música las letras del alfabeto diversamente combinadas. La *invención de las notas* se atribuye á *Guido de Arezzo*, el cual hacia el año 1023 ideó la sustitución de las letras por

Una nube de verano

FOR

APELES MESTRES



1.— Hombre, ¿adónde va usted con parasol?
— Pues ¿y usted con paraguas?



2.— Yo... por si el sol arrecia.
— Yo... por si acaso llueve.



3.— ¡Porque á mí se me figurá que hoy nos asamos
— ¡Y á mí, que no nos libramos de un remojón!



4.— Y sino, mire usted cómo se despeja por aquí...
— Y mire usted cómo se encapota por allá...



5.— Abur, y celebraré que no se moje usted.
— Con Dios, y le deseo que no se achicharre



6.— ¡Caramba, si sentia el tiempo aquel lunático!...
— ¡Uf! ¡pues ha tenido razón aquel majadero!...

puntos diversamente colocados en líneas paralelas. Pero estas notas así representadas tenían al principio igual duración. En el siglo XIV (1338) el canónigo Juan de Muris ideó el modo de expresar las diversas modificaciones referentes á la duración de las notas por medio de cambios correlativos en la representación de los signos musicales y en su consecuencia inventó las notas breves, blancas, negras, etc., etc. Los esfuerzos que á fines del siglo XVIII hizo J. J. Rousseau para sustituir las notas por las letras fueron completamente infructuosos, pues aquéllas prevalecieron en la escritura musical.

El meloplasto de P. Golín y el método de Wilhem facilitan los medios de simplificar la escritura musical.

Estaban tan lejos de creer los atenienses que el amor debiese presidir á las pasiones groseras, que fué precisamente en la academia, en el jardín consagrado á la diosa de la castidad (Minerva) donde levantaron un altar al amor y donde le dedicaron los sacrificios.

Un sofista sostenía que el movimiento no existía, y Diógenes, que le escuchaba, se puso á andar.

Después de la batalla de Queronea, Arquidamus recibió del victorioso Filipo una carta llena de fiereza, que contestó con las siguientes palabras:—Si medís vuestra sombra, no la encontraréis más grande que antes de la victoria.

Viendo pasar Bión á un rico muy avaro, exclamó:—He aquí un hombre que no posee sus bienes, puesto que sus bienes son los que le poseen.

Tenía un médico un caballo tan sumamente flaco, que casi no podía tenerse en pie, y como una vez yendo en él tropezase y anduviere si se cae ó no se cae, empezó el médico á gritar á grandes voces diciendo:—Ayuda, ayuda, que no puedo tenerlo.—Corrió mucha gente para socorrerle, pero viendo la mala calidad del caballo le dijo uno:—¿De qué tenéis temor? ¿No veis que aún no se puede tener en pie?—Y respondió:—Por eso mismo, que si cae me puede coger debajo.

Pidió un amigo á otro que le prestase el paraguas, á lo que respondió graciosamente:—Si no llueve no le habéis menester, y si llueve héle menester yo.

Daba uno de limosna un cuarto á un pobre y le dijo:—Tome y vuelva un ochavo.—Respondió el pobre que no le tenía.—Pues perdóneme, le replicó, y tenga dinero, que hasta para ser pobre es menester caudal.

Rondando una noche un alcalde, encontró á un hombre que además de ser muy pequeño era corcobado; y mandándole que se recogiese, respondió:—¿Qué más recogido me quiere usted?

Preguntado Alfonso, rey de Aragón, qué consejeros aprobaba y más útiles hallaba, respondió:—Los libros, porque ellos, sin pasión ó interés, me dicen fielmente todo aquello que yo deseo saber.

Siendo Presidente del Consejo Real el conde de Miranda, como viese que un hombre pretendía muchísimo, díjole:—Vos perderéis las pretensiones justas, por pretender las injustas.

Gastaba mucho dinero un estudiante con una dama llamada Prudencia: y como continuamente estuviese molestando al padre con pedirle dineros, le envió á decir mirase cómo gastaba, porque iba descaeciendo mucho la casa, y él respondió:—No sé, señor; para qué son tantas reprensiones, cuando todo lo gasto con Prudencia.

Se apaga fácilmente el fuego que se ha pegado á una chimenea estrecha echando sobre las cenizas un puñado de azufre en polvo, y tapando en seguida la boca de aquélla con un paño mojado. Pero el medio más seguro es interceptar el aire con un manojo de heno empapado en agua, que tape exactamente el conducto. Si se puede al mismo tiempo subir por fuera hasta el remate de la chimenea, se cubrirá toda la abertura con una manta mojada, y el fuego se apagará al momento. Es prudente, y aun preciso, en el campo donde no se tienen á mano los socorros, hacer fácil la subida á lo alto de las chimeneas.

Para preservar de la polilla las pieles y las telas de lana se toman por partes iguales clavillos de especia, nuez moscada, canela y habas de Tonka. Agréguese tanta cantidad de raíz de lirio como haya de los demás ingredientes; hágase de todo un polvo fino y colóquese en unos saquitos entre las pieles ó ropas de lana. Es seguro que no las atacará la polilla.

Lo que hay en Inglaterra de verdaderamente admirable, es la afición que tienen las clases obreras á la instrucción. Se las acusa á menudo de intemperancia, pero hay en ello exageración.

En ciudades como Glasgow ó Manchester, habitadas por centenares de miles de almas, es verdad que los borrachos se cuentan por docenas, y aun por centenares; pero las docenas y centenares de miles restantes, que en el Mediodía disiparían tantas horas en los cafés y en los teatros, emplean allí el día en el trabajo y la noche en la instrucción.—MANICANÍ.

Esforzaos cuanto podáis por parecer buenos; nada os será tan provechoso; pero tened en cuenta que las opiniones falsas no son duraderas, y que no es, por lo tanto, probable que pase mucho tiempo teniéndoos como buenos si en realidad no lo sois.—GUICCIARDINI.

La actividad engendra la prosperidad y Dios no abandona al que trabaja. Trabajad, pues, mientras el perezoso duerme, y tendréis trigo para vender y para guardar.—FRANKLIN.

¿Qué es la afectación? La caricatura de la naturaleza.—(***).

El recuerdo de las alegrías y placeres perdidos es lo que más aguja las flechas de la aflicción.—MACKENSIE.

La luz que resplandece en la amistad es como la del fósforo: cuando mejor la percibimos es cuando más oscuro está lo que nos rodea.—(***).

El amor propio es, á la vez que el más delicado, el más firme de nuestros sentimientos; una cosa insignificante le hiere y en cambio nada hay en el mundo capaz de matarle.—(***).

 Cuando el pozo está seco es cuando se conoce el verdadero valor del agua.—FRANKLIN.

 La pompa de los entierros interesa más á la vanidad de los vivos que á la memoria de los muertos.—LA ROCHEFOUCAULD.

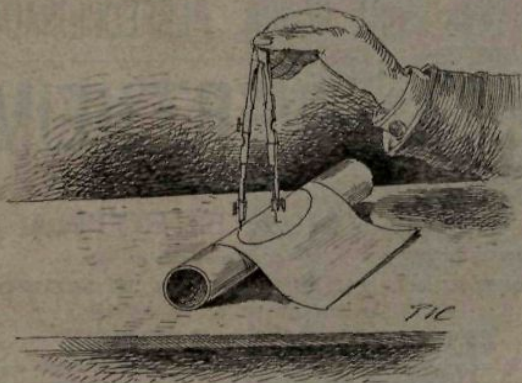


EL ÓVALO

He aquí una figura geométrica muy bella y muy difícil; por los inconvenientes que tiene su trazado sucede muchas veces que se abandona el proyecto del óvalo ó se dibuja tan mal, con ó sin instrumentos, que resulta un verdadero mamarracho.

Hay varias maneras de trazar el óvalo matemáticamente, pero á nuestros lectores les agradarán más los procedimientos empíricos, fáciles desde luego, y sobre todo realizables en cualquiera ocasión.

Esto se consigue aplicando en pequeño el sistema que



emplean los jardineros para fijar el contorno de las *platabandas*: así como el jardinero clava dos estacas á lo largo del eje de la futura elipse, nosotros hincaremos en el papel, encima de un cartón, dos alfileres, bien fijos y derechos, y luego, atando un hilo fuerte por los cabos, se abarcan con él los alfileres. Después se toma un lapicero y se entra en el recinto del hilo, haciendo de manera que le arrastre siempre, y no trazando en el papel otra línea que aquella á que obliga el hilo, sujetando el lápiz, se formará sin dificultad el óvalo más hermoso y correcto.

Este procedimiento, á pesar de su vulgaridad, no es muy conocido.

Hay otro sistema menos sencillo é igualmente eficaz: consiste en tomar un tubo de cartulina ó rodillo de madera ó tubo de lámpara, que sean bien cilíndricos, y poniéndolo encima del tubo, se apoya la punta seca del compás en el centro del óvalo futuro y se traza con el lápiz de la otra punta una figura que sería un círculo si la superficie estuviese plana pero que ahora resulta óvalo por haberse trazado sobre curvas paralelas.

Estos dos procedimientos pueden ser útiles al lector y no requieren aprendizaje ninguno.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada:

CA-CO

A la estrella:

J A C A A
 A C R A N
 E N R I Q U E
 L D N
 U A T
 J A O
 D

A la aleación:

MERCURIO
 ORO
 BROMO
 CINABRIO
 ESTAÑO

A la dispersión:



CHARADA

Prima es tan grande y tan bella
 que no hay otra como ella;
 y dos prima viuda hebrea
 según la Biblia, no fea.
 Nombre de mujer mi todo
 y animal que huye del lodo.

ROGELIO.

CONCIERTO DE PUNTOS



Sustituyendo los puntos por letras han de leerse horizontalmente: 1.º, vocal; 2.º, nombre de mujer; 3.º, id.; 4.º, nombre de varón.; 5.º, id.; 6.º, id.; 7.º, id.; 8.º, id.; 9.º, vocal.

Las letras que han de sustituir los asteriscos formarán verticalmente un nombre de varón.

PA. SA. MA.

ROMPE CABEZAS

DOLORES PRAT Y URGONIRA
 EN
 SABADELL

Componer con estas letras, debidamente combinadas, el nombre de cuatro calles de Barcelona.

J. MONTANÉ GRIVER, de Granollers.

Consta de un voluminoso tomo, siendo su precio 92 pesetas.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES
POR ENRIQUE LASSERRE

BIBLIOTECA CONSULTIVA DEL MÉDICO PRÁCTICO

COLECCIÓN DE OBRAS ESCOGIDAS

DIRECTOR:

Dr. J. Corominas y Sabater

Obras publicadas y en venta

La Terapéutica antiséptica, por el Dr. Trouessart.
Tratamiento de la fiebre tifoidea, por el Dr. Juhel Rénoy.
Patogenia y tratamiento de las nefritis y del mal de Bright, por el Dr. Labadie-Lagrave.
Neurastenia, por el Dr. A. Mathieu.

En prensa

Tratamiento de la tisis pulmonar, por el Dr. G. Daremberg; 2 tomos.
De la esterilidad en la mujer y su tratamiento, por el Dr. de Sinety.

En preparación

La Difteria, por el Dr. H. Bourges.
La Bronco-pneumonia, por el Dr. E. Mosny.
Úlcera del estómago, por los Dres. G. M. Deboce y J. Renault.
El Raquitismo, por el Dr. Comby.

La BIBLIOTECA CONSULTIVA DEL MÉDICO PRÁCTICO se publica por tomos de 200 á 300 páginas, en 8.º, apareciendo un tomo cada mes, al precio de 3.50 pesetas en rústica, y 5 pesetas con piel negra, flexible, canto superior dorado y rótulo de la misma clase.

VELUTINA REAL MARÍA CRISTINA

LA MARAVILLA DEL SIGLO

Polvos de flor de arroz, extrafinos, adherentes, invisibles é inofensivos, preparados por B. RICHARD, París.
Véndese en las principales perfumerías.

Depositarío: JAIME FORTEZA. — Barcelona

CRISTÓBAL COLÓN

SU VIDA - SUS VIAJES - SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

José María Asensio

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles.

Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

VIGOR DEL CABELLO

del Dr. AYER.

Es el mejor cosmético

Hace crecer el cabello
DESTRUYE LA CASPA

Y con su uso el cabello gris

vuelve á tomar su color primitivo.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer —exquisito cosmético para el cabello— está compuesto de los ingredientes más escogidos. Impide que el cabello se ponga claro, gris, marchito ó rasposo, conservando su riqueza, exuberancia y color hasta un período avanzado de la vida. Cura los humores y la comezón, y conserva el cráneo fresco, húmedo y sano.

EL VIGOR del CABELLO

del Dr. AYER

Cuanto más se usa, más rápidos son sus efectos.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Lo venden las Farmacias y Perfumerías.

Póngase en guardia contra imitaciones espúreas. El nombre de —“Ayer”— figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada una de nuestras botellas.

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PENA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA —BUENA MESA —PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veraacruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacifico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas por familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE —La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.